



Ignacio Mata Maeso

Mauthausen

Memorias de Alfonso Maeso, un republicano
español en el holocausto

PRÓLOGO DE JORDI ÉVOLE

«ESTE LIBRO ME DEJÓ HELADO. ME ROMPIÓ LA CINTURA.
UNA HISTORIA TAN CRUDA, TAN DURA, PERO TAN
NECESARIA DE CONOCER Y DIFUNDIR.»

CRÍTICA

Ignacio Mata Maeso

MAUTHAUSEN

*Memorias de Alfonso Maeso,
un republicano español en el holocausto*

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: mayo de 2016

Mauthausen. Memorias de Alfonso Maeso, un republicano español en el holocausto
Ignacio Mata Maeso

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Ignacio Mata Maeso, 2007 y 2016

© Editorial Planeta S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9892-917-1
Depósito legal: B. 7730 - 2016
2016. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

Índice

<i>Prólogo</i> de Jordi Évole	7
<i>Prólogo</i> de Alfonso Maeso Huerta	9
<i>Nota del autor a la presente edición</i>	13
<i>Nota del autor a la edición original</i>	17
Mi familia, mi vida, la guerra	21
La senda que me llevó a Mauthausen. Hermanos contra hermanos	31
A un paso del holocausto. La derrota y los campos franceses.	41
Mauthausen, cinco años en el infierno.	57
Mi nueva vida	117

Mi familia, mi vida, la guerra

LA SUBLEVACIÓN MILITAR CONTRA la República dirigida por el general Francisco Franco, apoyado por el clero, el sector monárquico e importantes facciones del ejército, se produjo el 17 de julio de 1936 en Marruecos, con la complicidad de alemanes e italianos. También de Portugal, donde el dictador Salazar había instaurado una dictadura fascista inspirado por el también dictador Primo de Rivera.

Antes de estos sucesos, que determinaron para siempre mi existencia, marcado a hierro hasta que me llegue la muerte, mi vida transcurría confiada en Manzanares, un pequeño pueblo manchego de encalados frontispicios que por aquellos años se empeñaba en prosperar.

Mi padre se llamaba Francisco, mi madre, Ignacia. Tuvieron cuatro hijos: Isabel, la primogénita, y luego, por este orden, Ignacio, Luisa y Alfonso, el que escribe.

Nuestra situación económica era holgada; podría decirse que éramos pequeños burgueses en una zona eminentemente rural, donde el trabajo en el campo, tierras pajizas a las que daban color las verdes parras en primavera, era el principal sustento para la mayoría de nosotros.

La casa de mis padres, en la que me crié, estaba situada

en la calle Virgen de la Paz, una de las arterias principales de Manzanares y paso obligado para los caminantes. La iglesia de la Paz, cuyas campanas tañían incansables marcando el paso del tiempo, se alzaba en dirección al Paseo del Río cinco puertas más allá de la nuestra, un enorme portón de madera sin tratar de doble hoja por el que podían acceder con holgura las mulas y los carros de los que tiraban con hastío las bestias. Para las personas se había dispuesto una pequeña entrada que se encajaba en una de las gigantescas hojas como si fuera un puzle. De aquella calle, en la que me crié, sólo recuerdo a algunos vecinos: Jenaro, el Parrao y el panadero.

La vivienda, construcción típica manchega, era muy grande y originalmente pertenecía a mi familia de forma íntegra. Más tarde, la enfermedad de mi madre, que padeció hasta su muerte de dolores en el vientre, y el tratamiento de mi hermano, que enfermó de pólipos, nos obligaron a vender a mis tíos la mitad de la casa y, años después, a desprendernos de otras dos viviendas más. De no haberlo hecho, mi padre no habría podido pagar los gastos médicos, incluida una consulta en Madrid, que no era poca cosa por aquel entonces.

La casa te recibía a través de un pequeño porche por el que se accedía al patio central, a partir del cual se distribuía el resto de las viviendas. A la derecha, la nuestra, y a la izquierda, la de un alguacil al que venían a detener cada vez que el rey Alfonso XIII pasaba por nuestra fachada, en dirección al sur, camino de un coto de caza.

—¡Vamos, coge una manta, que esta noche duermes en el cuartelillo! —le ordenaban los agentes cada vez que gozábamos de la regia visita, intentando evitar así que aquel hombre atentara verbalmente contra la institución monárquica, a la que no tenía en alta estima precisamente.

Antes de llegar al corral, donde albergábamos algunos animales, la casa disponía de otras dos viviendas, a las que se llegaba subiendo por unas escaleras. Una de ellas, la de la derecha, pertenecía a un policía municipal. La otra era propiedad de mi tía Teresa y su marido, quien, como mayordomo de la familia Noblejas, una de las más ricas del pueblo, disfrutaba de una holgada posición económica. En realidad, mi tía Teresa era sobrina de mi padre, y por tanto sus dos hijos, Alfonso —aunque yo le llamaba Pochito— y Pura, no eran mis primos, sino los hijos de mi prima hermana, pero yo los consideré siempre como hermanos y a Teresa como mi tía. Hasta el punto de que pasaba casi más tiempo con ellos que con los míos y no dejaba pasar ni un solo domingo sin comer en su mesa.

Si bien en mi casa imperaba el pensamiento liberal y de izquierdas, en aquella familia se respiraba conservadurismo, más por puro pragmatismo, el de mi tío, que por convencimiento. Siempre he creído que aquel hombre puso el bienestar de su familia y el suyo propio muy por encima de sus ideales, y dadas las circunstancias nunca se lo he reprochado. No era habitual oírle verbalizar en público sus opiniones políticas, aunque aquellos que le conocíamos sabíamos de su forma de pensar; su propio hijo quiso acompañarme a la guerra del lado de la República, aunque nunca se lo consentí. Pochito, que tenía mi edad, escribía en el periódico de Manzanares y siempre admiré su inteligencia. Cuánto lamenté que tuvieran que cortarle una pierna, no en la guerra, sino muchos años después, ya siendo libre tras mi paso por Mauthausen; y cuánto insistí a mi tía Teresa para que lo trajera a Francia, donde le habrían atendido los mejores especialistas.

Mi padre, desde luego, no era de derechas, como mi tío, pero tampoco fue un activista político. Fue simplemente

un hombre de bien, que defendió de forma serena la libertad y la dignidad del ser humano, fuera cual fuera su condición. Estos valores se convirtieron en la base de nuestra educación y en ellos creyó firmemente mientras vivió, asumiéndolos con espíritu inquebrantable hasta su muerte, ejecutado a fuerza de golpes y penuria por los que no pensaban como él.

Mis padres siempre defendieron sus ideales con gran fortaleza, pero también con discreción. Fueron prudentes, que no sumisos, y jamás pusieron en riesgo nuestro bienestar. Desgraciadamente, en aquellos años dominados por la agitación, los principios de libertad y respeto, que ahora son fundamentos elementales de la convivencia, no garantizaban una vida en paz.

Antes de la guerra, impuesta a la voluntad del pueblo, y también mientras atronaban las bombas, protegieron sin recompensa la República. Tras la contienda, como otros muchos, hubieron de acarrear con el pesado fardo de su elección. Estaban en el bando perdedor, cercados por los que ganaron, y ésta y sólo ésta fue la causa de que, con un Franco convertido en dios omnipotente, mi padre acabara con sus huesos en la prisión de Ciudad Real, donde fue sometido durante varios meses a terribles malos tratos y vejaciones insoportables. Su «delito» fue visitar en el penal a Isabel, su hija mayor, la cual había sido encarcelada por sus ideas una vez acabada la guerra, contra todo derecho, represaliada como lección a su marido, quien no había podido ser capturado antes de llegar a Francia, donde se escondía. Mi padre, como habría hecho cualquiera en su situación, pretendía comprobar que su hija se encontraba bien, lo mejor posible dentro de las terribles circunstancias en las que se hallaba. Por eso, en su visita, el pobre hombre acarrea una cama para que pudiera descansar.

Mi hermana Isabel, sastra de prestigio en Manzanares, era muy conocida en el pueblo, donde la sociedad machista de principios de siglo no facilitaba que una mujer ocupara un puesto de tanta responsabilidad como el suyo. De fuertes ideales, súbitamente se convirtió en un elemento peligroso, toda una sospechosa política, y su padre, para aquellas mentes represoras, también.

Sin contar con que por aquel entonces desconocían aún el paradero de su hijo más pequeño, quien viajaba ya camino del holocausto, mis padres, tras superar una absurda y cruenta guerra, después de una vida llena de trabajo, debían afrontar por tanto terribles sucesos, a los que pronto se unió la penuria económica.

Antes de la contienda que encaró a españoles contra españoles, mi familia, insisto, gozaba de una buena posición. Éramos, como solía decirse, «pequeños», nombre que se les daba a quienes poseían, como nosotros, un buen puñado de tierras, así como animales y aperos propios con los que realizar las labores de labranza. Mi padre solía cultivar él mismo aquellas tierras, y así lo hizo incluso durante buena parte de la guerra, aunque no era raro verle trabajar por cuenta ajena. Recuerdo con especial cariño la viña que teníamos en las afueras del pueblo, adornada con una fértil huerta y coronada por una casa de campo que nos cobijó durante años del frío y del calor extremos que castigan y resquebrajan la infinita llanura manchega. Todo esto, como otras tantas cosas, murió con la guerra.

Era habitual en aquellos años que la simiente con la que se cultivaba la tierra no se pagara hasta que se hubiera obtenido el fruto, meses después de la siembra, y así lo hacía también mi padre. Los años malos eran compensados por los buenos, cuando la recogida era abundante, y el granero de mi familia siempre solía parecer colmado. Sin embargo,

cuando la contienda tocaba a su fin, los frutos que se acumulaban en los campos tuvieron que ser abandonados por los hombres que ahora, en lugar de sostener una azada, empuñaban un fusil. En consecuencia, quedaron sin recoger. También el trigo que daba de comer a los míos.

De no haber existido vencedores y vencidos, y si el alma del ser humano no abrigara la codicia, mi padre habría podido saldar su deuda, no ya con la cosecha de aquel año, como digo olvidada, sino con el grano que, previsores, acumulábamos. Pero un malnacido, presa de la avaricia y amparado por la maquinaria de venganza del franquismo, aunque ya había cobrado lo que se le debía, obligó a mi padre a firmar una letra con la que nos lo quitó todo, las mulas, las tierras y la viña. No así la casa, aunque hubiera podido hacerlo; ¿quién se lo habría impedido? Debo denunciar que muchos de los grandes capitales que existen actualmente, no sólo en Manzanares, sino en toda España, se construyeron así, despojando a los perdedores de lo que tenían, sin compasión, usando indignamente la fuerza de su victoria. Cuántos vendieron por cuatro perras sus tierras, sin poder siquiera rechistar, para poder comer. Y cuántos se aprovecharon de aquellas circunstancias.

En mi primera visita a Manzanares, tras mi obligado exilio, y una vez reinstaurada la democracia saqueada, acompañado por mi gran amigo Vera, di un paseo por el pueblo cuarenta y cuatro años después de despedirme de él. Recorriendo aquellas calles que tanto había añorado y que tan distintas me parecían ahora, Vera me señaló con el dedo a un hombre que disfrutaba de un refresco sentado en la terraza de un café. Aquel desconocido era el hijo del que encerró a mi padre en la cárcel, de donde salió para morir. Tras un primer impulso, decidí que no merecía la pena decirle nada, como a otros tantos que poseían ahora

las propiedades que antaño fueron nuestras. Infructuosamente intenté recuperarlas, pero, por un motivo u otro, ya era tarde.

Sólo puedo pensar que de haber sido las cosas distintas, si a mis hermanos les hubieran dado un verdadero trabajo después de la guerra, mi padre podría haber descansado tras su liberación para recobrar las fuerzas perdidas. Pero una vez expoliadas todas sus posesiones, en la más absoluta miseria tras años de bonanza, no tuvo más remedio que ponerse a trabajar por cuenta ajena: debía dar de comer a sus hijos y a su primer nieto, nacido del vientre de Isabel. Al poco de nacer, aquel niño quedó huérfano temporalmente. Su madre, tras tres años de cárcel en la prisión de Ciudad Real, decidió huir a Francia, donde murió con más de noventa años. Mis hermanos Luisa e Ignacio, víctimas también de unas terribles circunstancias, se hicieron cargo de él hasta los once años. La situación llegó a ser tan desesperada que mientras Ignacio barría las calles, Luisa espigaba de sol a sol para dar de comer al crío.

Algo antes, en plena guerra, mi madre abandonaba el mundo. Ni siquiera los médicos de Madrid habían conseguido aliviar sus dolores en el vientre. El fatal desenlace sucedió mientras me recuperaba de una herida de bala en Tarrasa, también en el abdomen, curiosamente. Sin embargo, no supe de su fallecimiento hasta varios meses después, a través de una carta que me envió mi amigo Criado al campo de refugiados francés en el que me alojé tras la derrota.

Lejos, pues, quedaban ya los felices tiempos de la República, efímeros Gobiernos en los que, pese a todo, el trabajador pudo apreciar que su lucha había servido para algo. Aunque, años antes de la sublevación militar, ya éramos muchos los que sabíamos que las derechas en España no

estaban dispuestas a aceptar que había tocado a su fin la explotación ejercida históricamente contra los trabajadores. La República les había obligado a respetar que todo hombre era libre, dueño de sí mismo, y que nadie era más que nadie, tal y como creía mi padre.

Mi familia tuvo que sufrir fatales consecuencias por defender sus ideales. Sólo puedo decir que me siento muy orgulloso de ella y, cómo no, de mis padres. Aunque nunca he dejado de pensar en lo duro que tuvo que ser para ellos no poder tenernos a su lado en aquellos momentos, viendo impotentes cómo bombas e intolerancia manoseaban sus vidas y las partían por la mitad. Ante sus ojos desfiló una procesión de desgracias, con su primer nieto sin padre ni madre, y con dos de sus hijos en el exilio, mientras el resto, sin porvenir y con un futuro triste e incierto, quedaba expuesto a las atrocidades e indignidades del Régimen.

En lo que a mí respecta, por aquel entonces ya había llegado sin nada a Francia, desde donde muy pronto saldría en dirección a Mauthausen, donde me aguardaban increíbles sucesos, los peores de mi ya larga vida. Exiliado en países extraños, desconociendo mi propio destino y sin sentirme, como miles de españoles, querido ni respetado. Nadie entendió nunca lo que veníamos de hacer en España y aún dudo de que algunos lo hayan comprendido. Nuestra moral, maltrecha por años de cruel guerra, quedó hecha jirones cuando nos topamos con aquel muro de incompreensión y de ignorancia. Quién podía pensar que nuestra lucha no sería apreciada por el pueblo francés y el resto de los países democráticos. Era absolutamente inconcebible, pero muy real, créanme. Aunque pensándolo ahora entiendo que para ellos, ricos y, en apariencia, invulnerables, no éramos una solución, sino un problema. Como tal nos trataron. Desde luego, calcularon mal las consecuencias de no

intervenir en el conflicto español, dejando hacer a su antojo a alemanes e italianos. Pensaban, no se lo reprocho, que estaban a salvo, pero no era así. Se dieron cuenta de su error muy pronto, mucho antes de lo que ellos jamás barajaron, aunque demasiado tarde para sofocar el polvorín en que se había convertido Europa, que saltó en mil pedazos sacrificando a pueblos inocentes. La lucha contra el sangriento fascismo costó la muerte de más de cuarenta millones de personas, muchos de ellos mujeres y niños, aniquilados en campos de exterminio como al que yo fui a parar. Por eso, afirmo con convencimiento que, tras la guerra civil, aquellos años de dolor, destrucción y muerte habrían sido evitados si a la España republicana se la hubiera comprendido y ayudado.